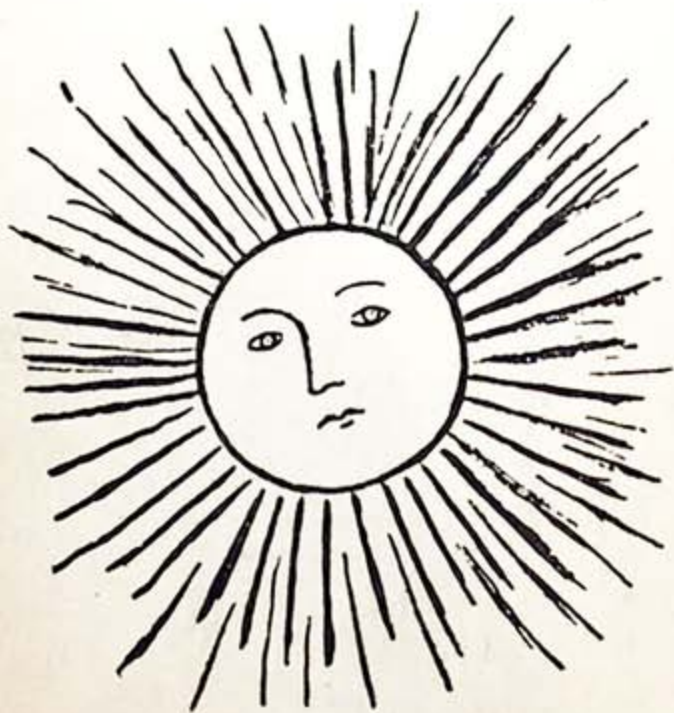


★ DESDE LO ALTO SOLO SE DISTINGUE EL FUEGO, NUNCA LOS HOMBRES VAN
NI EL MATERIAL POBRISIMO DONDE NACE
NOS QUE TRATAN DE APAGARLO,

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 6

DISCO

REVISTA LITERARIA

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES
AGOSTO DE 1946

DISCO

REVISTA LITERARIA MENSUAL

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

TEL. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 10 M/Arg.

Talleres Gráficos INDEX — Solís 1405 — Buenos Aires

DREAM OF DEATH OF A HARLOT

*O rose that lies within my lonely hand
with sleep, lost, standing all around like sand!
O joy for ever ending on my breast,
we did not know this was my final rest!*

*I lied before, but now believe me please!
I have to sleep dressed in the shade of trees.
Forgotten wreaths upon my hair with lust
want still the worms to love them. In the dust*

*the ribbons of my dress with crimson red
remind sweet blood, as if I was not dead.
Long chosen flowers died by my side the day
I died. I heard the angels laugh and pray.*

*They were true angels, I could see their heads
disdainfully reclined. The words they said!
Ah from what abyss of delight they spoke,
with happiness of wings on a dark oak.*

*Hermaphrodites they seemed. They waked my fear.
Unladylike, they whispered in my ear.
"These are the bows they gave you; they are dead.
You have a withered wreath just round your head.*

*It is of paper, with a dreadful smell.
Is it that way that ladies dress in hell?
You could have died just like a saint for gold.
But you were rich. No, you were sad, and sold*

*your body to be pleased". O pray for me!
I was a siren distant from the sea,
just like the ones Ulises saw with rings,
and I could change myself in ^vother things:*

*I have been music, words I could not say,
I have been some one else a night of May,
a face reflected in a miniature
of some uplifted eye, with pain demure.*

*In a forgotten house, lost, strange and dark
with photographs of angels, yes and larks,
I have been still as if I was of lead:
I have been death before I could be dead.*

*Some saints have looked like me, with praise, too soon,
their prayers like hands were sought beneath the moon
like mine. They had no hopes, no dress, no shoes,
their eyes were gems, they did not mind to loose,*

their tresses, robes. O angels are you blind?
and because you are pure, you are not kind?
Is it because you are so near to God
that you don't know me, yet it seems so odd

that I should still be waiting for your kiss
when there are other things that I should miss!
Like Eve, like a Lacedemonian queen
my kindness was a gift but unforeseen.

I am still modest like the quiet night
which in the brothel gave her precious light.
O take my rings, my festered wreaths, my gold,
I want again O angels to be sold

I want your faces like new gardens, skies
that shall be praising only all our sighs.
As in the Bible you are cross. I weep
as if this dream was true. I know the deep

resistance of your smile. You don't forgive
as lovers can forgive. O I could live
but not in Paradise where I will never
be sure to clasp you in my arms for ever.

In some Italian garden, dressed in blue
I would have loved in summer to meet you.
We would have heard a distant piano play
or violins that unforgotten day

*next to a deep and artificial lake
all words of tenderness we should forsake.
Newly made statues in the paths would seem
to smile between the leaves like in a dream*

*and when the rising moon would touch our hair
unheedingly we would ascend the stair...
amid the jessamine perfume, clad
in happiness, we would at last look sad.*

GEORGE SELWYN.

PREFACIOS

De Bérénice

No es indispensable en una tragedia la presencia de sangre y de muertos; basta que la acción sea elevada, que los protagonistas se mantengan heroicos, que susciten pasiones, y que el conjunto esté impregnado de esa majestuosa tristeza que constituye el verdadero placer de la tragedia.

Creí encontrar todas esas cualidades en mi argumento. Pero lo que más me encantó en él fué su extraordinaria simplicidad. Desde hace tiempo yo quería averiguar si podría escribir una tragedia con esa simplicidad de acción que tanto gustaba a los clásicos; porque ese es uno de los principales preceptos que nos han dejado. “Que lo que escribís —dice Horacio— sea siempre simple y uno”. Admiraron el *Ajax* de Sófocles, que no es sino Ajax matándose por despecho, a causa del furor que le había causado la negativa de entregarle las armas de Aquiles. Admiraron el *Filoceto*, cuyo argumento es la llegada de Ulises para robar las flechas de Hércules. El *Edipo*, aunque lleno de

reconocimientos, tiene menos material que la más endeble tragedia de nuestros días. Vemos finalmente cómo los partidarios de Terencio, que lo ponen por encima de todos los poetas cómicos, a causa de la elegancia de su dicción y la verosimilitud de las costumbres, no dejan de reconocer que Plauto le lleva mucha ventaja por la simplicidad de la mayor parte de sus argumentos. Y esa maravillosa simplicidad es, sin duda, la causa de todos los elogios que los clásicos le han rendido. ¡Cuánto más simple sería Menandro, cuando Terencio se veía obligado a tomar dos comedias de dicho escritor para hacer una de las suyas!

Y no hay que creer que ese precepto se funde solamente en la fantasía de sus autores. Sólo lo verosímil emociona en las tragedias. ¿Y hasta qué punto es inverosímil que en un solo día sucedan una multitud de cosas apenas admisibles en varias semanas? Algunos piensan que esa simplicidad es evidencia de poca inventiva. No advierten que la inventiva consiste en cambio en hacer algo de casi nada, y que esa multiplicidad de incidentes ha sido siempre el refugio de los poetas que no encontraban en su genio ni bastante abundancia ni bastante fuerza para retener durante cinco actos a sus espectadores con una acción simple, sostenida por la violencia de las pasiones, la belleza de los sentimientos y la elegancia de la expresión. Estoy muy lejos de creer que todas esas cosas abundan en mi obra; pero tampoco puedo creer que el público me reproche haber escrito una tragedia, honrada por tantas

lágrimas, y cuya trigésima representación ha sido tan atentamente escuchada como la primera.

Claro que algunas personas me reprocharon esa misma simplicidad que con tanto cuidado he buscado. Sostuvieron que una tragedia tan desprovista de intrigas no estaba de acuerdo con los cánones del teatro. Pregunté entonces si se habían aburrido, y ellos admitieron que la obra no era fatigosa, que en ciertas partes los conmovía, y que volverían a verla con gusto. ¿Qué más quieren? Los conjuro a que tengan mejor concepto de sí mismos, y que no crean que si una obra los conmueve y les causa placer, ella pueda estar de algún modo contra los cánones. La regla principal es gustar y conmover; todas las demás no tienen más fin que la realización de aquélla. Pero todas esas reglas son de larga enumeración, y no les aconsejo la molestia de su estudio: sus otras ocupaciones son, sin duda, más importantes. Que nos releguen la fatiga de aclarar las dificultades de la Poética de Aristóteles; que guarden para sí el placer de llorar y enternecerse; y que me permitan decirles lo que un músico dijo a Filipo, rey de Macedonia, cuando éste discutía que cierta canción no se conformaba a los cánones: "Dios no permita, señor, que jamás tengáis la desgracia de saber esas cosas mejor que yo".

De Andromaque

Demasiado favorable se ha mostrado el público conmigo, para que pueda molestarme la desaprobación

particular de dos o tres personas que quisieran ver reformados todos los héroes de la antigüedad, y transformados en personajes perfectos. Me parece una intención muy buena querer poner en escena únicamente personas impecables; pero deben recordar que no me corresponde modificar las reglas del teatro. Horacio nos aconseja pintar a Aquiles hosco, inexorable, violento, tal como era y tal como se usa describir a su hijo. Aristóteles, bien lejos de pedirnos protagonistas perfectos, quiere por el contrario que los personajes trágicos, es decir, aquellos cuya desgracia constituye la catástrofe de la tragedia, no sean ni del todo malos, ni del todo buenos. No quiere que sean extremadamente buenos porque el castigo de un hombre de bien suscitara más la indignación que la piedad del espectador; ni malos en exceso, porque nadie siente compasión hacia un malvado. Hace falta entonces que posean una bondad mediocre, es decir, una virtud susceptible de debilidades, y que caigan en desgracia por algún error que sin hacerlos detestables nos permita compararlos.

JEAN RACINE

DOS SONETOS

A HOMERO

Solitario en mi espléndida ignorancia
te escucho, y las Cíclades inmortales,
como alguien que soñara, a la distancia,
que ha visto el mar profundo entre corales.

¡Y eras ciego. Mas Júpiter las cosas
del cielo te mostró, donde viviste;
te alzó Neptuno tiendas espumosas
y Pan cantó a tu lado alegre y triste.

¡Qué luz muestra tu noche en su ribera,
qué césped puro en los abismos mora,
y la sombra, qué nueva aurora encierra!

La triforme visión de tu ceguera
Diana tan sólo vió, Reina y Señora
del Infierno, del Cielo y de la Tierra.

UN SUEÑO

Como Hermes con sus alas se alejó del durmiente
rey Argos engañado, muerto, desvanecido,
con su flauta de Delfos mi espíritu impaciente
ha tocado, encantado, despojado, vencido,

los cien ojos abiertos del animal del mundo,
y se alejó en silencio, cuando vió que dormía,
no a las nieves del Ida con su cielo profundo,
no a Tempé donde Júpiter suspiró todo un día,

sino a aquel triste círculo segundo del infierno,
donde a través del viento, la borrasca y la injuria
de la lluvia y las piedras, callan su afán eterno

los amantes — sus labios sin color he mirado;
y otros besé, muy pálidos, y una forma a mi lado
iba, hermosa, entre aquella melancólica furia.

JOHN KEATS

(Trad. de J. R. W.)

MUERTE DE TERESA

¡Qué bien parecía eso de que el ruiseñor tuviera que alimentarse de corazón! Tan bien como que el corazón quisiera alimentarse de ruiseñor.

Aquel corazón que habría padido en lejanos prados, se depositaba ahora como sustancia nutritiva, donde había de ser latido antes que canto. Aquel corazón en el que la mosca instalaba sus crías, la mosca que acaso le persiguió en el prado donde pacía, la mosca que acaso fué perseguida por el padre del ruiseñor. Y ahora unos y otros, hermanados, disueltos por el calor del emplumado buche, se perdían por los callejones de las leves venas, esperando la estación propicia para metamorfosearse en trino.

¡Ah, qué lejos estaba aún aquella estación! ¿Alcanzaría su corazón a ella ¿O acaso la vida que le quedaba era una porción tan pequeña que tardaría en consumirse menos de lo que tardase en madurar el cuerpo del pájaro?

Tragaba lágrimas silenciosas, que no quería dejar correr por miedo de que se disipase en ellas un soplo

de sus fuerzas. Quería esperar, no esperando nada, pero esperar al menos para ver aquel transformarse, aquel perseguirse y devorarse de unas formas a otras, imagen viva del amor.

Y esperando, alimentada sólo de aquella ansiedad, siguió viendo morir los días, ahora más sola, porque Celia necesitaba correr desatinada sus mercancías para poder atenderla. Y llegaba el caer de la tarde, y una ansiedad se atropellaba en su pecho: la visión de una sombra perseguida, que se hurtaba, que se escondía en los rincones, porque no quería ser devorada, que gemía y rugía como un vendaval, desgarrándose y escondiéndose siempre.

Pero no, no era sólo en su mente. Un viento de tormenta se había alzado, que hacía revolar los cortinones. Los papeles de encima de la mesa cruzaban impulsados por el aire de un lado a otro, y el relámpago atravesaba el cielo de cuando en cuando. Teresa, con un esfuerzo inmenso, llegó a cerrar las vidrieras, y quedó tan extenuada de él, que no volvió a la butaca. Fué lentamente hasta la alcoba y se dejó caer en la cama. Pero un estruendo atronaba sus oídos. No sabía si era el golpear de su sangre en las venas o si era la tormenta que desgarraba las nubes. A veces creía oír que en el interior de la casa las puertas chocaban contra sus marcos, se derrumbaban vidrieras, y los muebles rodaban por los suelos. No quería atender a aquel tormento, pero hundía la cabeza entre las almohadas y no lograba aminorarlo, y al mismo tiempo le faltaban

fuerzas para ir a cerrar los otros balcones e impedir que continuase.

Al echarse, dejó caer las chinelas, y una de ellas había rodado debajo de la cama. Quiso inclinarse para alcanzarla, pero al incorporarse, el zumbido de su cabeza la hizo caer de bruces sobre el borde de la cama y permanecer allí un rato, casi sin sentido. Después intentó levantarse, porque su mismo peso sobre el pecho la ahogaba, pero no tenía fuerzas suficientes. Sin embargo, le era imposible continuar así; el aire parecía no pasar de su garganta. Buscó con los ojos algo donde agarrarse, un punto de apoyo que le sirviese para incorporarse un poco, para toser y lograr dar entrada en su pecho a una ráfaga de aire. Pero sus ojos, al fijarse en el suelo, sólo encontraron una mancha roja que escurría por los flecos de la colcha y formaba un charco en el suelo, del cual se alejaban dos regueros por las juntas de las baldosas.

Quiso gritar, pero ni siquiera su grito pudo acudirle. La última chispa de su vida se disipó en la mirada de terror y amargura con que sus ojos despidieron a aquella sangre, que partía alejándose en dos ramales cuyos extremos se abrían camino entre las briznas del suelo. Y de ellos creyó ver alzarse dos sombras rojas que tomaban la forma de dos ángeles y se alejaban, vueltos de espaldas, sin dejarle ver sus rostros.

(Teresa.)

ROSA CHACEL.

DOS SONETOS

I

Ve con qué angustia y qué tesón enmienda
sus ondas en la arena el Oceano,
ve como borra su contorno vano;
rugiendo llora y sigue en su contienda.

Sin olvido ni paz, ni tregua, ofrenda
el alto airón de sus espumas cano,
contra talud y roca que liviano
besa y no cubre aunque su furia extienda.

Mira el error, que apenas si dibuja,
y ya corrige y marcha y torna y huye,
sin perdurar jamás en línea o forma.

Ve el caudal, entre diques, que se estruja,
y en el alma sin paz fluye y refluye,
y no alcanza la calma de su norma.

II

Una música oscura, temblorosa,
cruzada de relámpagos y trinos,
de maléficos hálitos divinos
del negro lirio y de la ebúrnea rosa;

una página helada, que no osa
copiar la faz de inconciliables sinos;
un nudo de silencios vespertinos
y una duda en su órbita espinosa.

Sé que se llamó amor. No he olvidado,
tampoco, que seráficas legiones
hacen pasar las hojas de la historia.

Teje tu tela en el laurel dorado
mientras oyes zumbiar los corazones;
y bebe el néctar fiel de tu memoria.

ROSA CHACEL.

EL JARDIN DE PROSERPINA

Aquí, donde el mundo está en calma; aquí, donde el movimiento es sólo un tumulto de vientos muertos y de olas agotadas, en un dudoso sueño de sueños, veo crecer los campos verdes; entre los sembradores y los cosechadores, entre la cosecha y la siega, un mundo perezoso de arroyos.

Estoy cansado de las risas y las lágrimas, y de los hombres que lloran y ríen; de lo que luego advendrá a los que siembran para cosechar; estoy cansado de los días y de las horas, de agostados capullos en estériles flores, de deseos y ensueños de gloria, y de todo, excepto el sueño.

Aquí la vida es vecina de la muerte; lejos de la vista y del oído se afanan las olas pálidas y los húmedos vientos, giran los débiles barcos y los espíritus; yerran a la ventura, y sin saber hacia dónde se encaminan; aquí no soplan esos vientos, y aquí no crecen esas cosas.

Aquí no crecen malezas o frezales, flores de brezo o viñas, sino estériles brotes de amapola, verdes racimos de Proserpina, pálidos canteros de ondulantes juncos; aquí nada florece o colorea, excepto esta flor de donde ella extrae un vino mortal para los hombres muertos.

Aunque uno fuera fuerte como muchos, también conocerá la muerte; no despertará con alas en el cielo, ni llorará los dolores del infierno. Aunque fuera hermoso como las rosas, su belleza se nublará y fenecerá, y por bien que descansa el amor, su fin no será bueno.

Pálida, detrás de atrios y pórticos, coronada de hojas tranquilas, allí está quien recoge todas las cosas mortales con pálidas e inmortales manos; sus pálidos labios son más dulces que los del amor, que la temen; más dulces para esos hombres que se confunden y llegan de muchas épocas y tierras.

Ella cuida de uno y de otro, cuida de todos los mortales, y olvida la tierra, su madre, y la vida de los frutos y las mieses; y la primavera y los granos y las golondrinas se alejan y la siguen, allí donde los cantos vernaes suenan en falso y las flores son despreciadas.

Allá van los amores marchitos, los viejos amores con sus alas cansadas; y todos los años muertos, y todos los desastres; sueños deshechos de días olvidados, ciegos capullos que la nieve ha arrancado, hojas secas que se ha llevado el viento, rojos extravíos de fuentes arruinadas.

No estamos seguros de la tristeza, y la alegría nunca fué segura; el hoy morirá mañana, y el tiempo no se detiene ante ningún llamado; y el amor, débil y displicente, suspira con labios semiarrepentidos, y con ojos de olvido llora la brevedad de los amores.

Por excesivo amor a la vida, por la esperanza y el temor ya libertados, brevemente agradecemos a los dioses, no importa quienes sean, que la vida no dure siempre; que nunca se levanten los muertos; que hasta el río más perezoso llegue en sus giros al reposo del mar.

Porque entonces no nos despertarán las estrellas o el sol ni los cambios de luz; ni el ruido de las aguas agitadas, ningún sonido y ninguna visión; ni hojas estivales ni hojas invernales, ni días, ni cosas diurnas; sólo un eterno sueño, en una eterna noche.

A. C. SWINBURNE.

LUCILA

Lucila era alta y de una hermosura notable, pero seria. Largos cabellos negros acompañaban su rostro pálido; a menudo elevaba al cielo o paseaba a su alrededor miradas cargadas de tristeza o de fuego. En sus ademanes, en su voz, en su sonrisa, en su semblante, había algo de ensueño y de sufrimiento.

Lucila y yo nos éramos inútiles. Cuando hablábamos del mundo, era de aquel que llevábamos dentro de nosotros mismos y que se asemejaba bien poco al verdadero. Ella veía en mí a un protector, yo veía en ella a una amiga. Tenía accesos de melancolía que me costaba disipar: a los diecisiete años deploraba la pérdida de sus años de juventud; quería sepultarse en un claustro. Para ella todo era inquietud, pena, herida; una expresión que buscaba, una quimera que había creado, la atormentaban meses enteros. Con frecuencia la vi, el brazo echado sobre la cabeza, soñar inmóvil, inanimada; abstraída en su corazón, su vida cesaba de aparecer al exterior; su pecho no se movía. Por la actitud, la venustidad, la melancolía, se asemejaba a los Genios fúnebres. Entonces yo trataba de consolarla, para después hundirme en las desesperaciones más inexplicables.

Sola, al caer la noche, le agradaba a Lucila hacer lecturas piadosas: su oratorio predilecto era el cruce de dos caminos campestres, marcados con una cruz de piedra y un álamo cuya larga aguja se elevaba en el cielo como un pincel. Mi devota madre, fascinada, decía que su hija parecía una cristiana de la Iglesia primitiva, rezando en esos refugios llamados *lauras*.

Del recogimiento del alma nacían en el espíritu de mi hermana extraordinarias sensaciones: dormida, tenía sueños proféticos; despierta, podía leer en el porvenir. En un rellano de la escalera, en la torre grande, había un reloj que marcaba las horas en silencio; Lucila en sus insomnios se sentaba en un escalón, frente a ese reloj; miraba el cuadrante a la luz de la lámpara posada en el suelo. Cuando las dos agujas, unidas a medianoche, engendraban en una temible conjunción la hora de los desórdenes y de los crímenes, Lucila escuchaba ruidos que le revelaban lejanas muertes. Unos días antes del 10 de agosto, en París, viviendo con mis otras hermanas cerca del convento de las Carmelitas, miró dentro de un espejo, dió un grito y dijo: "Acabo de ver entrar la muerte." En las malezas de Caledonia, Lucila hubiera sido una mujer celestial de Walter Scott, con el don de la clarividencia; en las malezas americanas era sólo una solitaria aventajada por su belleza, su genio y su desdicha.

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

(*Mémoires d'Outre-tombe*, I, 3.)

DE LA POESIA

La poesía no consiste en asegurar que algo es verdadero, sino en hacer más evidente su verdad.

T. S. ELIOT.

Mediante la colocación de una frase, el contraste de una imagen, el ritmo de una línea, el poeta ha fijado un foco que todas las palabras y toda la curiosidad del mundo no habían conseguido fijar antes. La suya es una labor siempre necesaria, porque sin ella se pierde ese sentido de la realidad humana que es el más grande mérito del poeta.

ARCHIBALD MACLEISH.

La Poesía debería parecer al lector una expresión de sus propios y mejores pensamientos, y producirle casi la impresión de un recuerdo.

JOHN KEATS.

Poesía es el arte de unir el placer a la verdad, apelando a la imaginación en ayuda de la razón. La esencia de la poesía es la invención; un tipo de invención capaz de sorprender y deleitar mediante lo inesperado.

SAMUEL JOHNSON.

Aquel que desprecia la poesía no puede guardar mucho respeto para sí mismo, o para cualquier otra cosa. La poesía es esa fina partícula interna que expande, rarifica, refina, y eleva nuestro entero ser.

WILLIAM HAZLITT.

Poesía es la música de nuestra alma, y sobre todo la música de las almas grandes y sensibles.

VOLTAIRE.

El poeta es la roca que defiende la naturaleza humana; un sostenedor y un preservador, que lleva consigo por doquiera la confianza y el amor. A pesar de las diferencias de suelo y de clima, de lenguaje y educación, de leyes y costumbres; a pesar de las cosas que silenciosamente huyen del pensamiento, y de las cosas violentamente destruidas, el poeta reúne mediante la pasión y la sabiduría, el vasto imperio de la sociedad humana, mientras éste se expande sobre toda la tierra, y a través de los tiempos.

WILLIAM WORDSWORTH.

Un poema es la imagen exacta de la vida, expresada en su eterna verdad.

PERCY BYSSHE SHELLEY.

S U M A R I O

George Selwyn: Dream of Death of a Harlot — *Jean Racine*: Dos Prefacios — *John Keats*: Dos Sonetos — *Rosa Chacel*: Muerte de Teresa y Dos Sonetos — *Algernon C. Swinburne*: El Jardín de Proserpina — *Visconde de Chateaubriand*: Lucila — Varias Definiciones de la Poesía.

\$ 1.— m/arg.